

Flores mustias

No acostumbro a entrar si no hay clientes. Suelo andar hasta allí al mediodía, cuando el sol incide sin tregua sobre la piel de la nuca. Todas las farmacias huelen un poco como a una mezcla entre caramelos de miel y limón, clínex y rosa mosqueta. La tuya, sin embargo, desprende una ligera e inconfundible esencia de pino que me dirige hasta ella como un faro.

Hoy la humedad se nos pega a las mejillas, así que supongo que estarás invadida por la melancolía de los días tormentosos. Por los altavoces Gary Moore canta con voz rasgada que han pasado muchos años desde que vio su rostro. Entro golpeando el bastón guía contra el suelo al ritmo de la música mientras pienso: maldito Gary Moore, al menos conoces el color de sus ojos. Yo sólo puedo evocar el tacto de tus manos pequeñas y siempre frías, ásperas en las palmas pero increíblemente suaves por la zona del dorso, de nudillos muy redondeados y con un prominente lunar en la segunda falange del meñique. También puedo evocar tu perfume de supermercado, una especie de frescor de coco que se ha puesto de moda entre las mujeres jóvenes. Y el taconeo nervioso cuando un cliente te pide un medicamento con malas maneras. Discúlpales, la gente se olvida de la educación cuando está enferma.

De no ser por ellos, por los enfermos, jamás me habrías ofrecido la mano de forma amistosa. Yo ya frecuentaba esa farmacia antes de que llegaras, cuando era tu hermano quien atendía tras el mostrador con una tranquilidad sureña. Un día empezó a oler como a flores mustias, polvo y podredumbre, que es como huelen los enfermos de cáncer antes de ser tratados. Después desprenden el mismo aroma del principio, pero apagado bajo los amargos venenos de la quimioterapia. En tu primer día de trabajo, tras su muerte, cada

una de tus palabras era un sollozo contenido. Te revelé mi juego detectivesco para distraerte y, después de siete años, te sigue fascinando.

Un bebé agita un sonajero desde su carrito y sé, por el olor a leche agria y suero, que tiene un constipado. También sé que las adolescentes cuando tienen la regla huelen a una mezcla entre hormonas, pasto y oleaje. Los asmáticos, evidentemente, huelen a habitación mal ventilada, o también como a lilas si tienen alguna alergia. Las puertas automáticas avisan con su sordo arrastrar la llegada de otro cliente. Es alguien anciano a juzgar por la voz rota y disonante. Atufa un poco a vehículo y respira de forma costosa, como si cada paso fuese un pequeño reto. Supongo que vive con ayuda de un marcapasos.

Espero leyendo con los dedos etiquetas en braille hasta tu descanso para comer. Cuando se marcha la gente, cierras las puertas y me ayudas a sentarme en un taburete. Noto en tus lentas pisadas que hoy estás más cansada de lo habitual. Vuelves de la trastienda con una taza de cerámica caliente que desprende el vapor mentolado de una infusión. Qué enfermedades has olido hoy, preguntas con un tono de voz tan pegajoso que parece petróleo. Te hablo del bebé, intentando definir con torpes términos notas de olor sin nombre. Ríes un poquito y al hacerlo me rozas el codo. Empiezo a hablarte del viejo, pero algo me ha anudado la boca del estómago. Intento ignorarlo, y lo conseguiría si mi frenético corazón no retumbase en mis oídos por encima de las palabras. Asustada, me agarras por los hombros mientras me preguntas varias veces si estoy bien. Una única respuesta arraigada en mi pensamiento. Qué rápido se enfrían las infusiones, apestas a flores mustias.

La taza se me ha helado entre las manos.